El libro en conjunto es una golosina. Una tajada jugosa de carne santandereana.

L. E. NIETO CABALLERO.

Doce poemas de ternura, Ofrenda al hijo soñado, DALIA IÑIGUEZ.—Santiago de Chile, Ed. Nascimento, 1938.

El nuevo libro de la insigne cubana Dalia Iñiguez es un breviario lírico de las madres, un cofre armonioso de las expectativas maternas.

Motivo de los poemas, hilo que los cose en uno y les da sangre y espíritu, es el anhelo santo de la maternidad, el ansia creadora de lo semejante. De bíblica sencillez, bulle en ellos la vida que ansía multiplicarse, darse en oblación eterna al nuevo sér esperado, al que ha de ser flor maravillosa del suyo y síntesis de su yo. Son un eco milenario, en potencia siempre en el alma femenina, de aquel canto eterno que alegró las montañas de Judea y de allí ha volado sobre la curva de los siglos en alas de la fe, en el eucologio cristiano, dicho por la Virgen María, en una hora feliz que precedió en meses a "la noche que fué nuestro día".

Los escritos en prosa, que a ratos es rimada, tienen la sugerencia de los apólogos de Oriente. El soplo arrullador de Tagore corre por ellos con el tenue susurro de una brisa suave. Oídla:

"Hace seis años que te espero, y aún no ha llegado el codiciado momento de cantarte la canción de cuna que llevo prendida entre mis labios. Hace seis años que te espero, y estoy segura de que algún día te sentiré medir el camino que te aproximará a mi corazón.

"Mis manos serán de seda, para que no te lastimen mis caricias; será más tenue mi voz para arrullarte; entibiaré mi beso, para que no te deje huella sobre el terciopelo de tus mejillas, y apagaré los latidos de mi corazón para que, al inclinar tu cabeza sobre mi pecho, su apresurado ritmo no altere la serenidad inicial de tu vida".

Ternura materna, ternura cuajada en ansias infinitas, impregna los doce poemas que forman este libro saturado de feminidad diáfana, de sencillez y de naturalidad. Es la savia vigorosa que sube por el tronco, en promesa de frutos, y que, al hallar dura la corteza, se convierte en canto interior y se eleva al cielo en oración alada:

"No niegues, Señor, a mi plenitud, la prolongación de mi propia vida, el desdoblamiento de mi alma y de mi cuerpo.

"No me niegues, Señor, la luz de esos ojos que serán iguales a los míos, ni el terciopelo de esas manos que tendrán exactamente la forma de éstas que se elevan hacia ti en el ruego más devoto.

"No le niegues a este corazón mío el placer de dictar sus latidos a su corazón pequeño, y deja que de mis labios se desprenda la canción de cuna que tengo prisionera.

"Deja que germine mi maternidad en potencia, para que en mis oídos resuenen las nuevas armonías de sus llantos y de sus risas".

En versos de arte menor, heptasílabos, exasílabos, engarza su "poema de un día" y el de "las horas inútiles" y la canción de cuna "para el niño que vendrá", en los cuales flota la misma sencillez bíblica de la expectación confiada, y un idéntico anhelo:

Hoy vino la mañana
de esperanza vestida,
con diadema de soles
y sandalia florida.
Hoy vino la mañana,
pero no te ha traído.
Qué alborozo tendría
si tú hubieras venido!
Ha llegado la tarde
y tampoco has venido.
Qué feliz estaría
si te hubiera traído!
Ha llegado la noche
con su traje estampado;
guiñando sus mil ojos
está el cielo estrellado.
Ha llegado la noche,
pero tú no has llegado.
¡En el negro camino
te habrás extraviado!

A las horas que el reloj va marcando en su esfera las reprocha por llegar solas, sin el estuche de carne sonrosada del niño soñado; mas se conforma con que

Dios me dirá al oído
la hora deseada
y otra estrella de Oriente
me anunciará tu entrada.

Nos parece que estamos enfrente de un libro de poesía, de un ramillete de hondos afectos acendrados, que, por su sencillez, su pulcritud, su arte, su clara ternura humana, bien puede ser florilegio y libro de horas de las jóvenes esposas, futuras madres de la raza nueva. Es el himnario de la expectación materna.

BERNABÉ RIVEROS.

Facundo, DOMINGO F. SARMIENTO. Edición crítica y documentada, prólogo y notas de ALBERTO PALCOS.—La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1938. xxiv, 474 pp., más 36 láms. fuera de texto y de paginación.

Con esta edición crítica del más famoso de los libros argentinos, inicia la Universidad Nacional de La Plata la publicación de la "Biblioteca de Autores Nacionales y Extranjeros referente a la República Argentina". La Universidad ha tenido el buen tino de colocar esta serie bajo la dirección general de Alberto Palcos, Director de la Biblioteca de la Universidad, hombre de gran cultura, investigador serio y escritor de talla. La Universidad de La Plata fué una de las primeras instituciones docentes que en nuestros países publicó series de libros y la que probablemente ha realizado más fecunda labor editorial. La serie que ahora se anuncia constituirá sin duda un verdadero acontecimiento de extraordinario mérito cultural. La institución editora y el calibre intelectual del hombre que la dirige, son más que suficiente garantía de seriedad y buen gusto. De ambos son prueba definitiva este primer volumen: *Facundo*.

Nadie más capacitado para hacer esta edición crítica del máximo libro argentino que Alberto Palcos. A él le debíamos ya la mejor biografía que del autor tenemos (*Sarmiento: La vida. La obra. Las ideas. El genio*. "El Ateneo", Buenos Aires, 1929, 445 pp.), además de un libro sobre el "génesis de la pampa" titulado *El Facundo* —obra que no tengo la fortuna de conocer— y otros muchos estudios menores sobre el autor de *Recuerdos de provincia*. Alberto Palcos cuenta también en su haber con varios otros libros de diversa índole, ensayísticos unos, de interpretación histórica, otros. Sarmiento, sin embargo, ha sido para él objeto de meditación y estudio durante muchos años y a desentrañar el sentido de su vida y de su obra ha consagrado más atención que la mayoría de los que sobre estos temas han escrito en la Argentina y fuera de ella.